

FILMS DE AMOR

Las dos niñas de París



Núm.
151

25
CTS.

S. Milawanoff.-Olinda Mano.-Violette Gyl

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

Redacción, Administración y Talleres:

Calle de Valencia, 234 - Apartado núm. 707

B A R C E L O N A

AÑO V

NÚM. 151

Las dos niñas de París

TERCERA EDICIÓN

Adaptación de la novela de **PABLO
CARTOUX** según la película de **LUIS
FEUILLADE** e interpretada por los
grandes artistas cinematográficos

**Sandra Milawanoff - Olinda Mano
Violette Gyl y M. Hermann**

**SUPER - PRODUCCIÓN
GAUMONT PAX**

Paseo de Gracia, 66 Barcelona

REPARTO

Ginette	SANDRA MILAWANOFF
Gaby	OLINDA MANO
Lisela	VIOLETTE GYL
Pedro Manin	M. HERMANN

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

I

—¡Hola, Pedro Manin!... ¿Tú, en las carreras?...

—Ya ves, ahuyentando el mal humor.

—¿Y qué sabes de tu mujer?

—No he querido saber nada más de ella.

—Pues yo tengo noticias frescas. Escucha.

El interlocutor de Manin sacó del bolsillo la revista *Comoedia* y leyó: *La diva Liseta Fleury, la reina de la opereta, emprende una campaña de seis meses alrededor del mundo.*

Manin rechazó con un ademán el periódico:

—¿Y qué?... No me hables más de Liseta.

Pedro Manin era hijo de una excelente familia. De joven entró en el Conservatorio y en su carrera teatral había obtenido éxitos resonantes. En el teatro conoció a Liseta Fleury, mujer de gran sensibilidad y hermosa, con quien se casó. Tuvieron dos hijas, Ginette y Gaby. Al año de casado abandonó el teatro, viviendo a costa de su esposa, dándose al juego y a una vida de disipación, que bien pronto menoscabó la felicidad conyugal.

Cierto día llegó Manin a su casa hecho una lástima, después de una ausencia de ocho días. Su esposa le reconvinó duramente y le amenazó con un rompimiento, si no cambiaba de vida. Por fin, una fuga de quince días y la pérdida de unos miles de francos, obligaron a Liseta a hacer una demanda de divorcio.

Desaparecido el único lazo que le ligaba a una existencia legal, Manin se dejó arrastrar por sus inclinaciones y por malas compañías que le proponían negocios inconfesables a base de timos.

Su mujer era ya célebre y él se hallaba aquel día en el hipódromo con algunos cientos de francos en el bolsillo, que se disponía a confiar a la suerte, jugándolos. Los perdió y volvió a pie a la habitación donde

estaba realquilado, con el pensamiento fijo en su mujer y en sus hijas.

Mientras su marido se jugaba los últimos dineros, Liseta Fleury procedía a los preparativos de marcha en su mansión del Campo de Marte.

En aquel momento estaba Liseta Fleury sentada ante el tocador, vestida con un peinador que hacía resaltar la belleza de su cuerpo esbelto que hacía gracia natural a su rostro, a sus cabellos oscuros y a sus ojos negros y rasgados.

Ginette, la hija mayor, de diez y seis años, sentada sobre un cojín a los pies de su madre, dirigía a ésta miradas muy tiernas y tristes, pensando en la próxima separación; mientras su hermanita Gaby, preciosa muñequita de ocho años, saltaba por el cuarto.

—Ven aquí Gaby—llamó la madre—; siéntate al lado de Ginette... Seis meses sin veros, hijas mías, ¡qué largos van a parecerme!... ¿Seréis buenas?

—Puedes marchar tranquila, mamá—dijo Ginette—; siempre pensaremos en ti y seremos buenas.

—Hoy he recibido carta de sor Verónica en la que me dice que accede gustosa a que vayáis al Colgeio en donde me aducaron, y os tendrá hasta mi regreso.

Un campanillazo interrumpió esta conversación.

Sin anunciarse, penetró en la habitación un caballero de unos treinta y cinco años, con la cara alegre. Gaby se echó a su cuello gritando:

—¡Padrino!... ¿Qué nos traes hoy?

Y la niña le registró los bolsillos del gabán, de los que sacó algunas golosinas. Ginette, más formal, levantóse y dióle un beso.

—Querido Chambertin—le dijo Liseta Fleury—, ¿sigue usted decidido a acompañarme hasta Marsella?

—Sí; y después que usted se haya embarcado acompañaré a Grases a las dos niñas. Supongo que las buenas Hermanas las admitirán durante seis meses.

—Precisamente la Superiora, sor Verónica, me ha contestado diciéndome que las espera.

La doncella entró con un telegrama. Liseta lo abrió y, después de mandar que salieran las niñas, lo entregó a Chambertin, el cual leyó:

Estoy en Marsella desesperado sin recurso. Espero socorro inmediato. Hotel del Globo. Mahin.

—¿Qué hago?—preguntó Liseta—. Esto ya pasa de la medida.

—Es muy natural: cedió usted la primera vez y él se aprovecha de su debilidad.

—Después de todo, no puedo dejar a ese desdichado en medio del arroyo.

—¿Por qué no?

—Al fin y al cabo es el padre de mis hijas. Además le socorro más por miedo de algún *chantage* que por compasión.

—Plántese usted y que tire por donde quiera.

—No puedo, Chambertin—dijo Liseta sacando de un bolso un fajo de billetes que le entregó—; ruego a usted remita este dinero a Pedro por giro telegráfico.

—Obedezco; pero que conste que la he avisado...

Salió Chambertin del "boudoir" de Liseta y las dos niñas le abrazaron.

—¿Sabéis lo que pienso, hijitas?... Pues que vuestra mamá es un ángel, una santa—y levantando los ojos al cielo, murmuró para sus adentros, mientras salía—: "¡Una víctima y una... prima!"

La misma noche, Liseta, en compañía de sus hijas y de Chambertin, tomaba el tren que a las once de la mañana siguiente les dejaba en Marsella.

A media tarde, Liseta Fleury embarcó en el *Himalaya*, despidiéndose de sus hijas y del buen amigo Chambertin, bajo cuya égida dejó a sus hijas.

Las niñas, acompañadas del padrino, subieron a Nuestra Señora de la Garde, montículo que domina Marsella.

Desde allí vieron cómo el *Himalaya* salía majestuosamente y contempláronlo con lágrimas en los ojos hasta que se perdió en el horizonte.

Cuando bajaron, al salir del funicular que conduce a la cumbre, mientras Chambertin hablaba con el chofer, un hombre le cogió por el brazo:

—Sálveme; me persiguen.

Chambertin, fingiendo no conocerle, respondió sencillamente:

—Tome usted este auto.

Cuando el coche hubo partido, Gaby preguntó:

—Padrino, ¿quién es ese hombre?

—Un pobre desgraciado que conocí en otro tiempo. Ginette murmuró al oído de Chambertin:

—Es papá.

En aquel instante, un caballo presentó a Chambertin su carnet de agente y preguntóle:

—¿Ha visto usted un hombre moreno, con americana y sombrero blando?

—No; no, señor.

—Yo lo he visto, caballero—respondió Ginette—. Un hombre de unos cuarenta años, afeitado.

—Sí, sí; ¿por dónde ha pasado?

—Ha subido a la cumbre en el funicular.

Chambertin sonrió. Ginette corrió hacia el agente, que se dirigía al funicular:

—Dispénsame, señor. ¿Qué ha hecho ese hombre a quien busca?

—¡Friolera!... ¡Se ha fugado de la cárcel!

—¡Dios mío! Pues suba, que está en la cumbre.

Chambertin, cumpliendo el deseo de Liseta, acompañó a las niñas al Colegio de Grasse, en donde sor Verónica, la buena Superiora, las recibió con muestras de gran cariño, y procuró con sus cuidados y solicitudes que las niñas no echasen de menos el cariño de la madre ausente.

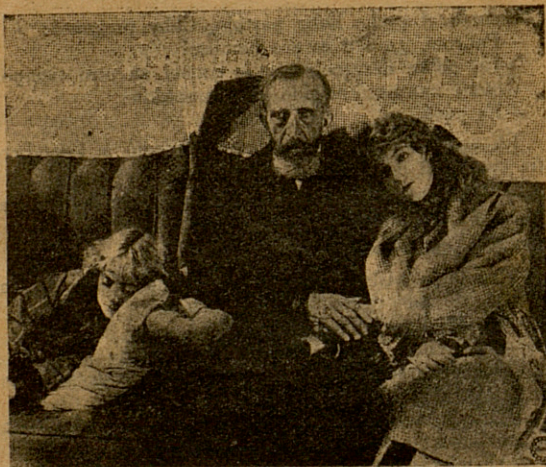
Pocos días después, la Superiora comunicó a Ginette una noticia aterradora: su madre había muerto. La niña quedó trastornada. Su padrino, portador de tan triste nueva, entró en la habitación en donde sor Verónica y Ginette, acongojadas, daban rienda suelta a su dolor.

Chambertin entregó un periódico a sor Verónica, en cuya primera plana leyó: *El Himalaya, que hacía rumbo hacia el canal de Suez, se ha ido a pique por haber chocado con una mina. Se cree que todos los tripulantes han perecido en el naufragio.*

—Vengo—dijo Chambertin—de la Compañía Transatlántica y me han confirmado la catástrofe.

—¿Y qué haremos de estas niñas?—preguntó la Superiora.

—Yo he venido a buscarlas. Su abuelo, el señor Ber-



El señor Bertal con sus nietas abandonó París.

tal, a quien he teleografiado, me ha contestado que las espera.

Aquella misma tarde, Chambertin, con sus dos ahijadas, tomaba el tren para Saint-Fons, residencia del señor Bertal, padre de la difunta Luisa Fleury, conocida en el mundo teatral con el nombre de Liseta.

Era el señor Bertal un hombre muy raro, de un exterior poco amable. Había envidado muy pronto, quedándose con una hija cuya infancia vigiló celosamente. Vivía en París. Al cumplir Luisa los diez y seis años, manifestó a su padre su voluntad inquebrantable de dedicarse al teatro.

El señor Bertal juró que no se lo permitiría mientras él viviese; pero la joven insistió en empezar sus estudios en el Conservatorio y su padre la echó de casa, no queriendo saber más de ella.

Entonces el señor Bertal determinó fijar su residencia lejos de París, en la villa de Saint-Fons.

Por la Prensa supo el debut de Luisa, su cambio de nombre, sus primeros triunfos y su casamiento con Pedro Manin.

Su hermano menor, José Bertal, viudo con dos hijos, había muerto en 1917, en la ofensiva de la Champaña, durante la gran guerra, y el señor Bertal había recogido a sus sobrinos, Blanca, que tenía quince años, y Renato, diez.

Había confiado la educación de estos sobrinos a una vecina suya, la señora Benazer, soltera cuarentona, que se había ido introduciendo en su casa y en sus asuntos particulares y ganando la voluntad del señor Bertal, hasta el colmo de parecer ella la verdadera ama de la casa, en donde pasaba más tiempo que en la suya propia.

Ahora el señor Bertal esperaba a sus nietas. Llegaron éstas acompañadas de Chambertin y fueron recibidas con frialdad por parte de Bertal: con desprecio por la señorita Benazer y con muestras de gran cariño por Blanca y Renato.

La señorita Benazer quedó constituida en maestra de los cuatro niños, y por cierto que más bien fué esbirro que preceptora: maltratábalos de palabra, e insultaba a las dos niñas de París, sobre todo a la mayor, a quien llamó "comicastra", recordando el oficio de su difunta madre.

Ginette sólo hallaba consuelo en la compañía de sus primitos Blanca y Renato.

II

Aquel día era el santo de la difunta Liseta; sus hijas la recordaron con tristeza. Ginette determinó llevar flores a la tumba de su madre. La mar estaba distante de Saint-Fons unos quince kilómetros y pensó que durante la noche podía recorrer aquella distancia y volver a la finca antes del amanecer. Aquella tarde, Ginette comunicó su pensamiento a sus primos, quienes aceptaron la idea con gran entusiasmo. Cuando el señor Bertal se acostase, ellos saldrían subrepticamente de la casa e irían a arrojar las flores al mar, rezando por su buena madre. Aquella tarde, después

de la lección, fueron los cuatro niños al jardín y llenaron de flores cuatro cestitos.

Por la noche, con gran sigilo, salieron de la finca, dirigiéndose hacia el mar por la carretera.

Aun no habían caminado tres kilómetros, cuando Gaby, muerta de sueño y de cansancio, se rezagaba quejándose de dolor en los pies; determinaron que Renato y Gaby se quedarían en el margen de la carretera, esperando el regreso de las dos mayores. Estas irían hast el mar, y al regreso volverían juntos a casa; así lo hicieron.

Las dos niñas reanudan la marcha bajo un cielo azul, claro, ligero; un cielo de gala adornado con diamantes y perlas de estrellas, que lucen para festejar su audacia, su juventud, su maravilloso corazón y también para festejar a la mamá, a quien su fervor va a llevar flores.

Renato y Gaby se sentaron en la yerba, bajo un árbol, al lado de la carretera. El niño pretendió esperar el regreso de las dos mayores sin dormirse y relató un cuento de hadas a su primita. Dos niños perdidos en el bosque que encontraron a un príncipe y a una princesa encantados; los niños fueron puestos en una carroza lujosa, y transportados a placios maravillosos... El cuento era muy interesante; pero Gaby no pudo resistir al cansancio y se durmió, soñando en el príncipe encantado; al poco rato también Renato quedó dormido, acariciado, en sueños, por una princesita de cabellos rubios.

Despertó Renato al contacto de una mano que se posaba sobre su hombro.

—¿Qué quiere usted de mí, príncipe encantado?—preguntó el niño.

—¿Qué hacéis?—interrogó a su vez el príncipe.

—¡Qué niña más preciosa!—exclamó el hada de cabellos rubios, compañera del príncipe.

Despertó Gaby y se restregaba los ojos creyendo soñar aún al ver a los príncipes que había soñado.

Renato explicó a los extraños personajes la emocionante escapada del chalet del abuelo para que las dos niñas de París pudiesen arrojar flores sobre la inmensa tumba de su madre.

—Nosotros os llevaremos en unos minutos al mar y antes de las doce, a vuestra casa—ofreció el hada.

—¿Y mi hermana y mi prima?—preguntó Gaby.

—También, también las llevaremos; ¿queréis?

—Vamos, tontita, vamos; que estos príncipes tienen cara de buenos.

—¡No te decía yo que aun hay princesas encantadas!...

Renato cogió la larga cola de la princesa y Gaby siguió al príncipe, y fueron a tomar un auto parado allí mismo, en la carretera. A poco el potente reflector descubrió a las dos niñas cargadas con dos cestitos de flores cada una, caminando de prisa. El auto se paró y Ginette y Blanca quedaron sorprendidas al ver a sus dos hermanos en compañía de aquellos señores vestidos como los condes de los tiempos medioevales. Subieron al coche. Llegaron en pocos minutos al mar, que se dominaba desde un inmenso promontorio cortado a pico.

Los cuatro niños arrojaron las flores al mar; luego se arrodillaron e hicieron llegar al cielo una plegaria por el alma de la madre, sepultada en aquel caos inmenso. Los príncipes lloraban emocionados. Volvieron a subir al auto, y momentos después, los príncipes encantados dejaron a aquellos cuatro ángeles en la puerta de su casa.

¿Quiénes eran aquellos personajes... Vivían en la "Villa Primavera", próxima a Beaulieu, los hermanos Luis y Odilia Bersange. El joven tenía veinticinco años y la doncella veinte. Eran huérfanos y gozaban de una posición brillante. Aquella noche iban a un baile de trajes que se daba en casa de unos amigos suyos, en el palacio de Castellmare, y en un recodo de la carretera el reflector les hizo descubrir a los dos niños que se habían dormido en una de las márgenes.

Los niños habían dejado la puerta del jardín abierta. Bertal la oyó chirriar sobre sus goznes y creyó en algún ladrón. Levantóse, cogió el fusil y, abriendo con cuidado la ventana que daba frente a la entrada de la propiedad, esperó. Oyóse el motor de un auto que se paró a la puerta.

—Ya no hay duda... ahí están—pensó. Y en el mis-

mo instante vió cuatro formas en la verja. Echóse la escopeta a la cara y disparó. Oyóse un grito y vió agitarse un pañuelo blanco. Bajó y supo todo lo que había pasado. Josefina y la señorita Benazer acudieron también al oír los disparos. Se introdujo a los niños en una sala y, en presencia de la Benazer, el abuelo quiso conocer el verdadero motivo de la huida.

Cuando mandó retirar a los niños para que se fueran a acostar, quedó Bertal hablando con la Benazer. Josefina, la criada, llamó a Ginette y le dijo:

—Señorita, ahora hablan de de usted.

Escuchó y oyó cómo Benazer decía a su abuelo:

—Ginette es la inductora; mientras está aquí, cada dos días tendrá usted historias de éstas. Hay que meterla en una casa de corrección.

Estas últimas palabras se le grabaron en el alma; no pudo dormir en toda la noche, pensando en su triste porvenir.

—¡No, no!—pensaba—; huiré lejos; iré en busca de mi padrino. Pero encerrada... ¡nunca!

Al día siguiente tuvieron una sentada el señor Bertal, la señorita Benazer y el médico de Saint-Fons, a la que asistió Josefina en calidad de oyente—detrás de la puerta, por supuesto.

El doctor, aleccionado por la Benazer, después de examinar e interrogar a Ginette, convenció a Bertal de la necesidad de encerrar a la niña en una casa de corrección.

En cuanto Ginette comprendió que su abuelo se resignaba a seguir los consejos de la Benazer y del doctor, lo que supo por la discreta Josefina, determinó huir. Iría a Burdeos, en cuya ciudad, y en el teatro Fémina, actuaba su padrino.

Anunció su huida a su hermanita, a Blanca y a Renato. La primera quiso ir con su hermana; mas ésta la convenció de que no podía ser, por la sencilla razón de que sólo le quedaba dinero para llegar ella a Burdeos, y le prometió que el padrino la vendría a buscar. Sus primitos la animaron para que cumpliera su propósito antes de ser víctima de la Benazer, y la ofrecieron el dinero de su huida.

A media noche, mientras su abuelo descansaba, des-

pidióse con fuerte abrazo de sus compañeros de infortunio y partió.

Halló cerrada la puerta del jardín y escaló la verja. La estación estaba hacia la derecha. Sin prisas, pues tenía tres horas antes de la salida del tren, llevando su maletita, dirigióse a la estación.

Ladró un perro y se detuvo. Oyó pasos tras sí; entonces apresuró el paso. ¿Quién la seguiría?... De pronto oyó su nombre y echó a correr.

—¡Ginette!... ¡Ginette!... Soy yo, tu abuelo.

Ella no hizo caso. Su determinación era irrevocable: todo, menos ser encerrada.

La voz continuaba suplicante y la niña corría sin ver por dónde iba. Escaló un talud, corría por el suelo lleno de pedruscos, alocada, sin cuidarse nada más que de aumentar la distancia entre ella y su perseguidor. Internóse por el camino que va a lo largo del precipicio de la Grande-Combe. Y oyó:

—¡Por ahí, no!...

Llegó el abuelo al borde del precipicio y ya no vió a Ginette. Sólo oyó un ¡ay! y, después ¡nada!...

Bertal buscó, indagó, llamó; todo fué inútil. La niña había desaparecido en el fondo del precipicio, donde rugía el torrente.

Volvió Bertal trastornado, dando gritos de socorro a los que acudieron varios vecinos; con ellos volvió al lugar trágico y se buscó inútilmente el cuerpo de Ginette; sólo se pudo hallar su sombrero.

Al volver Bertal a su casa, presentósele su vecina, la señorita Benazer. El anciano sintió un sobresalto de cólera al verla. Ella le preguntó, sonriente:

—Pero, ¿qué ha pasado?

—¡Calle usted, miserable!... Usted es la causa de su muerte!

Al conocer el fin trágico de Ginette, los niños quedaron consternados.

Al día siguiente, Bertal, Blanca, Renato y Gaby salieron para París, sin despedirse de la Benazer. Y para despistarla tomaron billete para Marsella.

Al llegar a París, la pequeña Gaby escribió a su padrino la noticia de la muerte de Ginette y su traslado a París.

III

Todo es movimiento en la "Villa Primavera", espléndida mansión cercana a Beaulieu. Los hermanos Luis y Odilia Bersange están al lado de la cama de la enfermita.

—¿Qué le parece, doctor?

—Ayer temí una congestión cerebral; hoy está ya fuera de peligro. ¿No ha explicado ella el percance?

—Ann no ha podido. Créame, doctor, que es incomprendible que no muriera en el acto. ¿Usted conoce la altura de la Grande-Combe, cerca de Saint-Fons?... Pues desde el camino alto cayó dando tumbos hasta el torrente en donde yo pasaba la noche con unos amigos, pescando truchas. Cuando la pesqué y la llevé a mi auto, que esperaba allí mismo, la creía muerta.

—¿Pero quién es esta niña?—preguntó el doctor.

—Nosotros la reconocimos. Hacía pocos días la habíamos acompañado hasta el mar con una hermanita suya y dos primos...

El señor Bersange contó la escena del hallazgo de los niños en la carretera y de las flores.

—Ayer fui a Saint-Fons—prosiguió Bersange—; la casa está cerrada y me dijeron que sus habitantes han ido a Marsella. Aquí se oculta un drama.

—Lo principal es salvar a la niña—añadió Odilia—; luego ella misma nos dirá si existe alguien de su familia.

Algunos días después, Ginette hallábase en plena convalecencia. Ya había puesto en antecedentes a los señores Bersange de su situación y de la existencia de su padrino, que se hallaba en Burdeos. Como el señor Bersange le preguntase por su padre, la niña se echó a llorar y dijo, entre sollozos:

—Mi padre estaba separado de mi madre y no sé dónde se halla.

Escribió Ginette a su padrino, contándole todo lo que ya conocemos y su estancia en Beaulieu.

Aquel día, los señores Bersange debían pasar la noche fuera de Beaulieu, invitados a una fiesta. La servidumbre también salió, aprovechando la festividad del día. Sólo quedaron en la finca Ginette y su enfermera.

Terminó la carta para su padrino y Ginette ordenó a la enfermera la llevase al correo, para que aleanzase el del amanecer. La enfermera se negaba a dejarla sola; pero, ante las reiteradas súplicas de la niña, díjole:

—Bueno, irá. Pero no toque usted este revólver de la mesita de noche, pues está cargado. Los señores me lo han dejado al irse.

Salió la enfermera. Ginette púsose a leer. No habían transcurrido diez minutos, cuando oyó pasos en los bajos. Escuchó atentamente y oyó ruido de llaves. Cogió el revólver, bajó sin hacer ruido y al asomarse al salón, ¡horror!, un hombre estaba delante de una vitrina abierta, sobre la que proyectaban los reflejos de una lámpara sorda. Ginette se estremeció; pero reaccionó al pensar en las bondades que había recibido de los señores Bersange. Apuntó con el revólver y al mismo tiempo que abría el conmutador dando la luz a la sala, gritó:

—¡Alto!...

El ladrón volvióse rápido y exclamó:

—¡¡Oh!!... ¡¡Ginette!!...

—¡¡Tú!!... ¡¡Papá!!...

Era, en efecto, Pedro Manin. La niña le gritó:

—¡Vete, vete!... Pero sin llevarte nada. No saldrás de aquí si no dejas lo que llevas.

Manin hizo ademán de irse; en aquel instante llegaba la enfermera y al no hallar a Ginette en su cuarto la buscó por toda la casa, gritando:

—¡Señorita Ginette! ¡Señorita Ginette!

Padre e hija se escondieron detrás de una cortina, después de apagar la electricidad.

Entró la enfermera en el salón y abrió la luz.

—No se esconda, señorita Ginette; ya la veo detrás de la cortina.

La enfermera levantó la cortina. Manin echóse encima y cogiéndola por el cuello, la arrojó exánime en medio de la sala. Ginette gritaba:

—¡Socorro!... ¡Asesinos!

Y siguió a su padre hasta el jardín, dando estos gritos. De pronto, Manin se volvió, amordazó a su hija con un pañuelo y llevóla hasta un auto que esperaba

en la carretera. Cuando hubo acomodado en el coche a su hija, que iba desmayada, dijo al que estaba en el volante:

—¡Lastringle, a Marsella!

Al amanecer, entraban en Marsella, sin que Mnain declarase a su cómplice quién fuese aquella niña.

IV

El señor Bersange y su hermana llegaron algo después de las doce, y extrañándose sobremedida al encontrar toda la servidumbre levantada.

Fueron puestos al corriente de lo ocurrido y del rapto de Ginette. Bersange constató la desaparición de algunos objetos raros de la vitrina.

La enfermera, juzgando por algunas circunstancias, manifestó su creencia de que Ginette estaba en connivencia con el ladrón. Bersange desechó esta idea: su corazón le decía que Ginette era inocente; aunque las apariencias la condenasen.

No quiso Bersange dar parte a la policía. Llamó a un detective particular, amigo suyo, el señor Triol, para que procurase buscar a la niña, cuyo paradero le preocupaba.

Triol interrogó a la enfermera:

—¿Dice usted, señora, que la niña insistió en alejarse de la casa?

—En efecto, creo que no había ninguna necesidad de echar la carta la misma noche; a pesar de mis observaciones, ella insistió para que me fuera. Le hubiese sido fácil contestar a mis llamadas y pedir socorro. Además, la niña tenía un revólver cargado en la mano y no hizo uso de él.

—¿Y dónde estaba la niña cuando usted entró en el salón?

—Estaba escondida con el ladrón detrás de una cortina.

Triol certificó sin pestañear:

—No hay duda de que Ginette es una cómplice.

Sin embargo, Bersange y su hermana se mantenían en su opinión de que Ginette era inocente.

El teatro Fémina, de Burdeos, estaba de bote en bote. Chambertin estrenaba aquella noche un nuevo *sketch*.

Se caracterizaba Chambertin cuando le entregaron una carta; reconoció la letra; era de Gaby. La leyó; cayó sentado, tembloroso, con la boca abierta, amarillo como la cera; le decía Gaby que Ginette se había caído de noche en un torrente y se había ahogado.

El avisador gritó:

—Chambertin, a escena.

Pero el cómico quedó impasible; el público se impacientaba, gritaba, pateaba. El director de escena fué al cuarto del artista.

—Chambertin, anda pronto, que pasa ya de la hora.

—No trabajo esta noche.

—¿Cómo?

—Acabo de enterarme de la muerte de mi ahijada, la hija mayor de Liseta y... no puedo trabajar.

El director de escena anunció al auditorio que Chambertin estaba indispuerto; pero el teatro se venía abajo a causa de la formidable protesta.

En aquel instante entregaron a Chambertin un telegrama. Lo abrió y leyó: *Padrino: Telegrafía a Gaby, cuyas señas ignoro, y dile que me ha recogido el señor Bersange, "Villa Primavera", Beaulieu, en donde estoy convaleciente. Muchos besos. Sigue carta.—Ginette.*

Chambertin salió al pasillo y dijo al directo:

—Avisen al público que salgo en seguida.

Aquella noche tuvo Chambertin el mayor triunfo de su vida.

Dos días después, terminada la contrata en el Fémina, Chambertin voló a Beaulieu. Llegaba a la "Villa Primavera", gozoso por poder abrazar a su buena Ginette; pero tuvo una decepción: Ginette, no obstante su aviso telegráfico, no había salido a la estación. ¿Estará aún enferma?—pensaba.

Al llegar al chalet del señor Bersange lo recibieron éste y el detective Triol. Ambos pusieron en antecedentes al cómico de cuanto había pasado. Triol manifestó su creencia de la complicidad de Ginette, a lo que contestó Chambertin rotundamente:

—No, no; imposible. Que venga la enfermera.



Manin amordazó a su hija con un pañuelo.

Cuando ésta hubo relatado las incidencias del robo, Chambertin lo comprendió todo: no le cabía duda; Pedro Manin era el ladrón.

Quedó ensimismado y tuvo deseos de manifestar su pensamiento; pero, por otra parte, no quería divulgar un secreto que podía dañar la reputación del desgraciado Manin.

—¿Qué le parece?—preguntó el detective.

—Lo comprendo todo: ahora estoy más convencido de la inocencia de Ginette.

Como el detective acogiese esta salida con una sonrisa de incredulidad, y con el fin de rehabilitar a Ginette, se determinó Chambertin a manifestar su pensamiento: relató el casamiento de Liseta, su divorcio, la vida depravada de Manin y la posibilidad de que fuera él el ladrón y raptor de su hija. Bersange y Triol quedaron convencidos. Ginette era inocente. ¿Cómo iba a hacer ella fuego contra su padre?

Antes de despedirse Chambertin, se recibió una carta

de Gaby dirigida a Ginette, dando la dirección del domicilio del abuelo, "Villa Paradou", en Chennevières, cerca de París.

Bersange prometió a Chambertin hacer lo imposible para buscar a Ginette, y le rogó la pusiese al corriente de las indagaciones que él hiciera en París, a donde se dirigió.

Ginette había sido conducida a Marsella, a la infecta buhardilla donde tenía su guarida una cuadrilla de ladrones tan peligrosos como Manin, Lastringle y compañía.

Manin se pasea, con un traje andrajoso, delante de su hija, vestida, pobremente, que está sentada encima de un fardo de trapos. Se acerca a ella y le pregunta:

—¿Tienes frío?

—Sí...

—¿Quieres tomar algo caliente?

—No, déjame... Quiero que dejes esta vida de criminal.

—Perdóname, Ginette, hija mía. Tú no comprendes los compromisos que tengo... No te hago ningún daño... Te quiero mucho, Ginette.

—Si me quieres, cambia de vida.

—Sí, hija mía, sí; huiremos los dos. Iremos a París y allí intentaré nueva vida.

—Sí, sí; huyamos.

Llamaron a la puerta con una señal convenida.

Lastringle entró, dejando encima de la mesa un fajo de billetes:

—Hemos hecho un buen negocio; las joyas que limpiaste en Saint-Fons eran antiguas y de gran valor.

Ginette se levantó, tomó el dinero y dijo, guardándolo en el seno:

—Este dinero no les pertenece a ustedes; yo me cuidaré de remitirlo al señor Bersange.

Lastringle se abalanzó sobre la niña; pero Manin se interpuso. Aquél sacó un faca y en el momento en que iba a traspasar al segundo, llamaron a la puerta, voceando:

—En nombre de la ley, abrid.

Los dos hombres saltaron al tejado por un ventanillo. Los policías abrieron a viva fuerza.

—Procurad coger a esos bribones, saltad al tejado... Yo me quedo aquí—gritó el inspector Lasseigne.

Este cogió a Ginette por las muñecas y mirándola fijamente, le dijo:

—Yo te recuerdo, bribonzuela; tú me engañaste en Nuestra Señora de la Garde, cuando yo buscaba a Manin; ahora veo que eras su cómplice. Bien me engañaste... ¿Cómo te llamas?

—Ginette...

—¿Qué más?

—...

—¿No quieres cantar?... Ya te explicarás delante del juez...

Entonces Lasseigne cogió a la niña por el brazo y bajó la escalera.

Al llegar al primer piso, Manin cayó sobre el policía, a quien derribó de un terrible puñetazo. Cogió por la mano a Ginette y corrió hacia la estación de San Carlos.

El señor Bertal—que había alquilado una casita en Chennevières, la "Villa Paradou"—, recibió un telegrama en que Chambertin comunicaba que Ginette estaba salvada y que él salía para Saint-Fons. Esperaba Bertal impaciente noticias del padrino de las niñas, cuando se presentó en la "Villa Paradou" el mismo Chambertin, con gran alegría de Gaby y contento de todos los demás, que bien pronto se convirtió en tristeza por no haber traído a Ginette. El cómico hizo creer a los niños que la hermana de Gaby aun se hallaba delicada. Pero llamando aparte a Bertal, contóle toda la verdad con los más mínimos detalles: Manin había raptado a su hija, después de robar en casa del señor Bersange.

Vivía Chambertin en la Avenida de Carlos Floquet. Aquella mañana presentóse en su casa un policía que venía a inquirir el paradero de Ginette Manin, como cómplice de su padre, a quienes buscaba la policía de Marsella. Chambertin defendió a su ahijada con tesón. Mientras conversaba con el agente, Sofia, la criada, hizo irrupción en el recibimiento, gritando.

—Señor, venga de prisa; Ginette está aquí.

Ginette, pobrisimamente vestida, acababa de llegar. El policía quiso llevárcela a toda costa. Pero una estratagema de la crida, que encerró al policía en una habitación, dió tiempo a Chambertin y a Ginette para ponerse en salvo; ésta dijo a su padrino:

—Papá espera en la entrada.

En efecto, allí lo encontraron. Los tres subieron a un taxi; Chambertin ordenó al chofer:

—A Chennevières, "Villa Paradou".

Durante el camino Manin contó al artista cuanto había pasado; sin omitir la influencia que la bondad y consejos de su hija habían ejercido sobre su ánimo: ahora estaba dispuesto a cambiar de vida, a trabajar, rompiendo con sus compinches de depravación.

Al llegar cerca de las fortificaciones, Chambertin dijo a Manin:

—Ahora yo llevaré a Ginette con su abuelo; usted, Manin, se apeará en las fortificaciones.

—Pero, ¿qué va a ser de papá—observó Ginette—si no tiene ni un franco para comer?

—De eso me encargo yo.

Y Chambertin sacó de su cartera quinientos francos, que entregó a Manin, diciendo:

—Tome, Pedro. Esta noche, a las diez, nos volveremos a ver en este mismo lugar.

Al bajar del auto, Manin dijo a su hija:

—Te juro, hija mía, que haré todo lo posible para que olvides lo que he sido.

—¡Adiós, papá!...

Vagó Pedro Manin a la ventura. Pero al llegar a la esquina de la calle de Lahel, vió la tienda de un ropavejero. A ella se encaminó. Proveyóse de un equipo completo de obrero parisién y salió de allí transfigurado después de gastarse cinco luises. En el boulevard Soult entró en el cafetín de la tía Michaud.

El ropavejero, llamado Amadeo, apenas desaparecido Manin, pasó minuciosamente revista a las ropas que éste había dejado. Al examinar el pantalón vió escrito cerca de la hebilla: *Pedro Manin*. El preterito conocía de reputación al ex cómico. Los periódicos habían hablado mu-

cho de él; desde su divorcio con la actriz Liseta Fleury, la policía le buscaba. Mientras estaba Amadeo dando vueltas a estos pensamientos, colgó el pantalón a la entrada. Ma éste no quedó mucho tiempo ocioso: un vagabundo se enamoró de él; lo cogió y echó a correr.

Con un pantalón bastante más decente que el abandonado al pie de las fortificaciones, y con el bolsillo sin blanca, fué el mendigo a casa de la tía Michaud, en donde Manin almorzaba en aquel momento, y pidió le sirvieran de comer.

El vagabundo, que comía cerca del mostrador, de un salto se puso, navaja en mano, frente a la dueña, pretendiendo robar el dinero del cajón; ésta dió gritos de ¡socorro!... Salió Manin. De un manotazo hizo saltar la navaja de manos del ladrón, luego pególe un cabezazo en el pecho que le hizo caer de espalda; dió el vagabundo, al caer, la cabeza contra el canto de la mesa de mármol y quedó muerto. La tía Michaud, dijo a Manin:

—Váyase, muchacho... Le debo a usted la vida... El día que necesite algo venga a verme.

Manin marchó apresuradamente, mientras la Michaud, en la puerta de su establecimiento, gritaba:

—¡Socorro!... ¡Socorro!... ¡Asesinos!...

El ex cómico topó, en el camino, con el viejo Amadeo, que iba a presentar una denuncia contra el que le había robado el pantalón.

La policía interrogó a la Michaud y procedió a la identificación del cadáver. En el pantalón constaba el nombre del difunto: *Pedro Manin*. Además, en uno de los bolsillos del pantalón hallaron el recorte de una revista con las fotografías de Liseta Fleury y sus dos hijas: no cabía duda; el muerto era el conocido ladrón Pedro Manin. Al día siguiente la prensa publicaba la noticia de la muerte del esposo de Lisea Fleury.

VI

Indescriptible fué la emocionante alegría que experimentaron los habitantes de la "Villa Paradou" al recibir a Ginette. El abuelo pidióle perdón por haber sido

la causa de todo lo que le había pasado a la niña... ¡Todo por haberse dejado engañar por aquella mujer sin corazón, la señorita Benazer!...

Chambertin contó al señor Bertal como la niña había sido salvada por Bersange; el robo de Manin; el rapto de Ginette por aquél; su captura en Marsella y cómo fué libertada por su padre que la había traído a París. Hizo notar que la policía, creyendo culpable a Ginette, la buscaba y lo conveniente que era esconderla para que no la capturasen.

Renato avisó a Bertal y a Chambertin que dos policías rondaban la casa, y mientras comunicaba esta noticia llamaron a la puerta. No cabía duda: la policía había llegado a saber el paradero de la hija de Manin, y venía a por ella. Chambertin la cogió por la mano y condujola al jardín mientras abrían a la policía.

¡Oh, sorpresa!... Blanca, Renato y Gyl vieron entrar en la casa al príncipe encantado, en compañía de otro caballero. Los tres niños se arrojaron en brazos del señor Bersange, salvador de Ginette.

Chambertin acudió y reconoció al detective Triol en el caballero que iba con Bersange.

Este preguntó por Ginette; mas Chambertin le contestó que la niña no quería acudir porque iba mal trajeada y además temía que el señor Bersange la tuviese en mala opinión por los sucesos acaecidos en su casa, el día de la desaparición de Ginette.

—Pero, ¿sabe ella que estoy aquí?—preguntó Bersange.

—Lo sabe—contestó Chambertin—: ambos estábamos en el jardín cuando ustedes han entrado, y ella le ha visto a usted.

—Condúzcame al jardín.

Bersange fué al encuentro de Ginette, la cual, al verle, le pidió perdón con lágrimas en los ojos.

—Siempre creí que usted era inocente, Ginette. No tengo que perdonarle nada.

Después de larga deliberación entre Bertal, Chambertin, Bersange y Triol, se determinó que el padrino y Ginette irían a la casa que Bersange poseía en París.

Ginette fué equipada con ropas de su prima Blan-

ca; y, con su padrino, el detective y Bersange, fueron en auto a casa de éste.

Al bajar del auto, Chambertin compró un diario de la noche y quedó petrificado al leer la noticia de la muerte de Pedro Manin; noticia que ocultó a su hija. Pero aquella noche Chambertin tenía dada una cita para las diez a Manin y había prometido a Ginette que la llevaría para que se despidiera de su padre, que pretendía ir al extranjero. Consultó el caso con Bersange y quedaron en que acudirían los tres, y al no hallar a Manin, darían cualquier excusa a la niña. Así lo hicieron; pero la sorpresa fué grande para el actor y para Bersange; Pedro Manin, que ellos creían muerto, estaba allí. Manin abrazó a su hija y explicó el hecho que había motivado el error de la policía.

—Ahora que me creen muerto, voy a cumplir la promesa que he hecho a mi hija: me pondré a trabajar y me rehabilitaré.

Bersange le entregó su tarjeta por si un día le necesitaba; Ginette abrazó a su padre y éste fué a una de las fondas que orillan los bulevares exteriores para pasar la noche.

A las siete de la mañana siguiente, presentóse Pedro Manin a la tía Micahud.

—¡Hola!... ¿Usted aquí... ¿Qué hay de nuevo?

—Vengo a pedirle trabajo. Usted me dijo que no tenía mozo y yo me ofrezco... Pero debo confesarle que no tengo ningún certificado de trabajo.

—Ni tampoco se lo exijo... Usted me ha salvado la vida y... basta. Tengo ahí unos documentos a nombre de Luis Michaud, sobrino mío, que ha muerto... Tenga, amigo; desde hoy se llamará usted Luis Michaud.

Manin empezó una vida nueva, vida de trabajo, de regeneración. Aquella misma noche escribió a Ginette y a Chambertin, notificándoles la nueva orientación de su vida y su cambio de nombre.

El padrino y Ginette fueron a verle y le manifestaron—sin que la tía Michaud se enterase—su contentamiento por su determinación.

—Enfermera, ¿cuánto tiempo hace que estoy en esta cama?

—Tres semanas, aproximadamente.

—¿En dónde estoy?

—En Port-Said... en el hospital Abbás.

—¿Cuánto tiempo hace que naufragó el *Himalaya*?

—Hace unos veinticuatro días.

—¿Nos salvamos muchos?

—Sólo usted y un cocinero francés, llamado Maugars. Este saldrá mañana para Marsella y de allí irá a París, donde vive su tío.

—Quiero verle antes de que parta, pues le daré un recado para mis hijas.

—¿Tiene usted hijas?... ¿Quiere que les mandemos un cablegrama?

—Sí, sí... A lo mejor me creerán muerta.

Y Liseta Fleury dictó este telegrama:

Chambertin.—Carlos Floquet, 36.—Estoy salvada en Port-Said. Hospital Abbás. Avise a las niñas. Cuando esté en disposición, saldré para ésa. Avise Crédit Lyonnais remese fondos.—Liseta.

Al día siguiente, Liseta recibió dos telegramas: uno de Chambertin y otro de sus hijas, los cuales le colmaron de dicha; lloró de alegría y de emoción al saber que sus hijas vivían con su padre y ardió en deseos de volar a París.

Antes de partir para Francia, el cocinero Maugars se entrevistó con Liseta. Esta le dió el recado especial de visitar a su familia y anunciarles que dentro de tres semanas estaría en su compañía.

Llegó Maugars a París y corrió a abrazar a su tío, Amadeo, el ropavejero de la calle de Sahel.

Maugars contó a su tío el naufragio del *Himalaya*; su salvación y la de la tiple Liseta Fleury, a cuyas hijas debía ir a ver. Al oír este nombre, el prendero se frotó las manos de gusto, diciendo:

—Chico, se nos presenta un negocio de órdago.

Y, sin decir más, se vendó la cara con un pañuelo, se puso unas gafas negras y preguntó:

—¿Me conoces ahora?

—No, tío, no; ni su madre le conocería.

—Vamos, pues.

Dirigiéronse al boulevard Soult, a casa de la tía Mi-

chaud. Amadeo pidió dos vasos de vino y cuando el mozo los hubo servido, el predero dijo a su sobrino: —Este mozo es el esposo de Liseta Fleury.

—Buéno, ¿y qué?

—¿Y qué?... Que tenemos en nuestras manos un Potosi. Y lo vamos a explotar. Vámonos; ya te explicaré.

He aquí el plan del astuto predero:

Pedro Manin, ladrón profesional, se hacía pasar por desaparecido de este mundo para despistar a la policía; sin embargo, él, Amadeo, sabía que Pedro Manin vivía y, además, que él había sido el autor de la muerte del vagabundo que había robado el pantalón al predero.

—Si Liseta Fleury—prosiguió Amadeo—no quiere ver rodar su nombre en un proceso escandaloso, tendrá que entregarme un buen pico. De este dinero una parte será para la dote de mi sobrina Flora, que ahora vive en Chaligny, y que se ha de casar contigo.

Al día siguiente, Maugars fué a Chennevières a visitar a la familia de Liseta Fleury. Todos lo recibieron con muestras de gran regocijo. Chambertin y Bersange estaban presentes. Maugars contó el suceso del naufragio, ponderando ciertos detalles de su invención que le daban importancia, y haciéndose pasar como el salvador de Liseta. Se le invitó a almorzar y se le agasajó como a uno de la familia.

Durante la comida se recibió un telegrama de Liseta, anunciando su llegada a Marsella para el 14 de junio.

Tres días después, volvió Maugars y preguntó por las niñas. Como la criada le dijera que estaban dando un paseo en barca por el río, allí se dirigió.

Halló a los cuatro y les hizo una señal para que se acercaran. Hicieronlo así y Maugars manifestó a Ginette que deseaba hablar a solas con ella. Separáronse él y Ginette.

—Señorita, su padre se va esta noche al extranjero y antes desea despedirse de usted y de Gaby.

—¿Se va?

—Sí; pero me ha dicho que esta noche, a las doce, quiere ver a sus hijas; y me ha mandado que las venga a buscar; pero sin que nadie se entere.

—¿Ni Chambertin?

—Nadie; ustedes dos saldrán de su casa sin ser vistas, a las doce en punto; yo esperaré en un auto.

—Bien está; hasta las doce.

Se hizo como Maugars había indicado. A las doce las niñas salieron de casa de su abuelo sin ser vistas y subieron al auto en el que esperaba el ex cocinero y su tío Amadeo, el ropavejero.

A los pocos minutos, y sin saber cómo, se hallaron ambas niñas amordazadas. El auto se paró ante una casa aislada de Chaligny. Maugars y su tío apearon a Ginette y a Gaby, que opusieron gran resistencia.

Las introdujeron en una habitación donde habían dispuesto una mesa con recado de escribir.

—Se trata—dijo el viejo Amadeo—de que su padrino y el señor Bersange son muy ricos y nosotros somos unos pobres diablos. Firme este papelito que llevaremos a su padrino y él nos dará el dinero que necesitamos.

El billete que había encima de la mesa decía:

Padrino: no estamos muertas. Da lo que te pidan, para tenernos antes de que vuelva mamá.

Ginette se negó a firmarlo. Entonces el viejo gritó, asomándose a la puerta:

—¡Flora!... ¡Flora!—y volviendo al lado de las niñas, dijo—: ¡Ahora firmaréis!

Apareció una señora sonriendo con sarcasmo. Ginette y Gaby se estremecieron; tenían delante de sí a la señorita Benazer. Ginette apretó a Gaby contra su pecho.

—He oído que se negaba usted a firmar—dijo la Benazer—. Maugars, coge a esa chiquilla y... ¡a la bodega!

En el momento en que Maugars cogía a Gaby, Ginette exclamó:

—No, no; ya firmaré.

Ginette firmó, Amadeo cogió el papel y fué con Maugars después de decir a la Benazer:

—Cuida de ellas con el mismo cariño que lo hacías en Saint-Fons.

Después de dirigir a las niñas media docena de insultos, la Benazer les dijo:

—Ahí tenéis una cama; podéis acostaros.

No pudo acabar la frase. Ginette cogió el tintero y

lo arrojó al rostro de su carcelera, que quedó cegada, sudando tinta. Ginette se llevó a Gaby, salieron y cerró con llave a la Benazer, huyendo de aquella casa.

¿Dónde dirigirse a aquellas horas?... ¿Dónde estaba? Anduvieron a la ventura, internándose en un bosque. Allí pasaron la noche bajo un árbol. Al despuntar el sol salieron del bosque y anduvieron por la carretera; en un mojón, a la entrada de un pueblo, leyeron: *Chiligny*. Entraron en el *Hotel de los Viajantes*. Ginette para telefonar; pero se le dijo que la comunicación no estaba abierta hasta las ocho. La hostelera las introdujo en un cuarto de la planta baja y Gaby se acostó.

En aquel mismo instante Amadeo entraba con el billete firmado por Ginette en casa de Chambertin.

Con una desfachatez asombrosa el prendero manifestó sin rodeos que tenía secuestradas a las niñas en compañía de su sobrina Benazer y que no las soltaría si no le entregaba cincuenta mil francos. Chambertin amenazó con avisar a la policía y Amadeo contestó:

—Me alegraré mucho, porque así se enterará la policía de que Pedro Manin vive y podrán echarle el guante.

Comprendió Chambertin que por las malas no ganaría nada. En aquel instante llamaron al teléfono: era Bersange, que avisaba al cómico de la desaparición de las niñas. Este le contestó lo que pasaba y que le exigían cincuenta mil francos para su rescate. Bersange se ofreció a pagar aquella cantidad y le manifestó que iba a verle.

En efecto, un instante después Amadeo, Chambertin y Bersange, en el auto de éste, fueron a Chaligny.

Flora Benazer estaba aún encerrada en la habitación, que abrió Amadeo. La sobrina, completamente desfigurada, explicó la huida de las niñas.

—Ya que he perdido con las niñas—dijo el prendero a Chambertin—, ganaré con el padre.

Tomaron el auto Chambertin y Bersange y se dirigieron a casa de la tía Michaud.

IX

Entre tanto, en el *Hotel de los Viajantes*, Ginette y Gaby se desayunaba en el cuarto donde habían sido

hospedadas.

En la parte de afuera, tocando a la misma ventana donde estaban las niñas, sentáronse en una mesa un hombre y una mujer: eran Amadeo y la Benazer. La ventana estaba abierta y la cortina echada. Ginette oyó que pronunciaban el nombre de su padre, miró por entre la persiana y reconoció a sus perseguidores.

Amadeo decía:

—Ya que las niñas han escapado, entrará en juego Pedro Manin. Escucha el anónimo que mando al jefe de Seguridad: *Pedro Manin no ha muerto. Mató a un hombre y lo hizo pasar por sí. Vive en Boulevard Soult, 86, en casa de la señora Michaud.*

Encerró el pliego en un sobre dirigido a la Jefatura de policía, levantóse y se dispuso a echarlo en el buzón que allí había.

En aquel instante apareció Ginette en la ventana, con gran estupefacción de los dos personajes. Se ofreció en rehén con la condición de que no echasen la carta; y fué con ellos, después de dejar un papel prendido en la almohada sobre la que reposaba Gaby, en el que decía que se iba con la señora Benazer, ofreciéndose para que no perdieran a su padre.

Una hora después, Bertal, Blanca y Renato llegaban al *Hotel de los Viajantes*, llamados telefónicamente por Ginette, en donde hallaron a Gaby dormida, y se enteraron por el volante del paradero de Ginette.

Chambertin y Bersange, al salir de casa de la Benazer, se dirigieron al cafetín donde servía Manin. Convencieron a éste de que les siguiera y fueron los tres a casa de Bersange. Allí llegó Bertal con los tres niños y les enteró de la captura de Ginette. Manin comprendió que la niña se había ofrecido en rehén para que el prendero no perjudicara a su padre y dijo a los presentes:

—Me voy. Si dentro de dos horas no saben nada de mí, hagan pasos para encontrar a Ginette; entre tanto, esperen.

Y fué Pedro Manin a casa del prendero. No había más que la vieja criada, a quien pidió le vendiera un revólver. Cuando lo hubo comprado, salió y esperó en

los alrededores. Al poco rato vio llegar a Maugars y, un instante después, entró en la tienda el propio Amadeo, la Benazer y Ginette. Entonces entró él en la tienda. Su hija se echó a sus brazos.

Apuntando con el arma al prendero, le ordenó:

—Mande inmediatamente a esta niña que salga.

Amadeo, amedrentado, dijo:

—Váyase, váyase pronto, señorita; no quiero que por su culpa me frian los sesos.

—Toma un coche y vete a casa—mandó Manin.

La niña salió después de besar a su padre; éste prosiguió, apuntando con el revólver.

—Sé que esta persecución la sufre mi familia por mí; pues bien, ahora mismo me voy de este mundo.

Manin se puso el cañón en la sien.

—No, no—gritó Amadeo—; un momento... ¿No podría ir a matarse a otro sitio?... Si usted se mata aquí yo tendré que declarar su nombre y su familia será denigrada... Arrójese al Sena y nadie sabrá.

—Está bien. ¡Adiós!

Y salió Manin. Vagó durante un hora. Quería matarse; pero el pensamiento de sus hijas le retenía.

Llegó frente al Hospital de la Piedad y se detuvo. Entró en el establecimiento y se presentó al médico de guardia.

—Vengo—le dijo Manin— a ofrecer mi cuerpo por si quieren hacer un experimento: me quiero matar y prefiero que la ciencia se aproveche de mi cuerpo.

El médico creyó que se hallaba delante de un loco; pero tanto insistió Manin, que el doctor le dijo:

—Tenemos una parturienta que se muere por momentos a causa de una gran hemorragia; si usted quiere prestarse a dar su sangre para salvarla...

—Sí, señor; con mucho gusto.

Y con un heroísmo estoico, Pedro Manin prestóse a la operación de la transfusión de su sangre, que operó el milagro de salvar de la muerte a una pobre mujer.

En tanto que Manin se imponía voluntariamente aquella cruenta penitencia para rescatar sus culpas, Chambertin y Bersange almorzaban en la avenida de Carlos Floquet. Hablaban de Manin cuando llamaron

a la puerta. Era Ginette. La niña contó a su padrino y a su protector lo que le había pasado, y cómo su padre se había quedado en casa de Amadeo. Chambertin telefoneó a Bertal, quien contestó que irían todos a casa de Chambertin para ver a Ginette.

—Y—añadió—diga a Ginette que no olvide que esta noche saldremos para Marsella, pues mi hija llegará allí mañana.

—Señor Bersange, nunca le podré pagar cuanto ha hecho por mí.

—Ya estoy bien pagado con tal de que usted me quiera un poco.

—Sí, le quiero mucho, mucho.

—¿Como a buen amigo?

—No, no; no sé cómo decirselo. Más que a un amigo, más que a un hermano.

La llegada de Bertal acompañado de Blanca, Renato y Gaby interrumpió este diálogo.

XI

Mientras Chambertin era transportado, a guisa de fardo, en un camión hacia la Argenteuil, Bertal, Ginette y Gaby eran despedidas en la estación de Yyon, por Bersange, Renato y Blanca. El abuelo y sus dos nietas se dirigían a Marsella para recibir a Liseta Fleury.

Mientras abuelo y nietas debían estar llegando a Marsella, Bersange y Chambertin se disponían a salir de casa del último para ir a la Prefectura de Policía para delatar a Amadeo y a los suyos.

En el momento que salían de casa, dieron con un caballero que preguntaba por Chambertin: era un médico del Hospital de la Piedad que venía de parte de Manin. El médico explicó cuanto había pasado, hablando del heroísmo de Pedro y comunicándoles que tenía vida para pocas horas.

Chambertin y Bersange fueron al Hospital. El pobre Manin estaba muriéndose; pero les reconoció y preguntóles con voz apagada:

—No quiero morir sin ver a Liseta y a mis hijas.

—No han de tardar.

El moribundo estrechó la mano de los visitantes y

éstos salieron emocionados. Dirigiéndose a la Prefectura donde denunciaron a la banda de ladrones capitaneada por Amadeo.

En la prendería de Amadeo están reunidos con el ropavejero, Maugars, Flora y Séfora. Esta explica a su padre la huida de Chamberlin; en aquel instante el cómico aparecía en la puerta de la tienda con una sonrisa burlona en los labios y las manos en los bolsillos.

Los presentes dieron un paso para arrojarse sobre él; mas sacando la mano del bolsillo, los tuvo a raya, apuntándoles con un revólver, mientras les echaba en cara mil denuestos.

Acompañados por Bersange, llegaron los agentes de la autoridad, quienes esposaron a toda la banda y los llevaron a la cárcel.

Llegó Liseta Fleury a Marsella desarrollándose en el muelle una escena emocionante al volver a abrazar a sus hijas.

—¿Y el abuelito?... ¿Por qué no ha venido?—preguntó Liseta.

—Estaba con nosotras—respondió Ginette—, pero al divisar el buque se ha ido al Hotel. Allí te espera.

Cuando Liseta entró en el cuarto donde su padre esperaba con lágrimas en los ojos, éste se arrojó a sus pies y pronunció una sola palabra:

—¡Perdón!...

La hija se arrojó en los brazos de su padre y quedaron largo rato unidos, sin articular palabra.

—¡Hoy, padre mío, es el día más feliz de mi vida!

Bertal explicó a su hija la conversión de Manin, milagro operado por Ginette.

En el primer tren salieron para París. En la estación les esperaban Chamberlin, Bersange, Renato y Blanca. Apenas los vio, y casi antes de saludar a Liseta, Chamberlin dijo presuroso:

—Deprisa, deprisa; hay que tomar un auto; Pedro Manin se está muriendo; quizás lleguemos tarde... Al Hospital de la Piedad.

Liseta se enteró del acto heroico de su esposo dando su sangre para salvar a una moribunda.



Vuestro padrino casi tiene derecho a ser vuestro padre.

Cuando llegaron al patio interior del Hospital, la señorita Odilia Bersange gritó:

—Deprisa, suban deprisa.

Cuando llegaron al patio interior del Hospital, la señorita Odilia Bersange gritó:

—Deprisa, suban deprisa.

—¡Pedro... Pedro, mírame!...

—¡Papá!... ¡Papá!...

Manin entreabrió los ojos vidriosos, sonrió, apretó entre sus manos la de su mujer y murmuró con voz apagada, que parecía un eco del sepulcro:

—¡Liseta!... ¡Hijas!... Perdón!...

Inclinó la cabeza hacia Liseta y quedó muerto.

Han transcurrido algunos meses. En la "Villa Paradou" todo es alegría. Han comido, en compañía de la familia, los príncipes encantados — como los niños llaman a los Bersange — y el risueño padrino.

Después de la comida, Bersange habló a solas con Liseta. Terminada la conversación, la actriz llamó a Ginette y le dijo:

—Ginette, el señor Bersange te hace el honor de pedirme tu mano, ¿qué debo contestarle?

Ginette se acercó a Bersange, diciendo:

—Bien sabe él cuanto le quiero.

Los dos jóvenes sellaron, delante de la madre, sus promesas con un abrazo.

Chambertin se acercaba al grupo deshojando una margarita y diciendo:

—Me ama... un poco... mucho... apasionadamente...

Ginette preguntóle:

—Pero, ¿a quién amas tú, padrino?

—Vuestro padrino—contestó Liseta—casi tiene derecho a ser vuestro padre...

—Sí, sí—contestó Gaby—, que se case con mamá.

Una carcajada acogió esta ingenua salida; mas Chambertin, cambiando de tono y desenvolviendo un diario, dijo:

—¿Sabéis la noticia?... La banda de Amadeo y la Benazer han sido condenados a diez años de trabajos forzados.

—¡¿Diez años!?!—exclamó Renato, abrazando a Gaby—, Pues cuando salgan de la cárcel, Gaby y yo nos casaremos.

F I N

0345FA

SOLAMENTE
BIBLIOTECA FILMS

puede ostentar el
Título de la supremacía

LEA LOS GRANDES EXITOS DE ESTA TEMPORADA

Tomos a 50 céntimos

LA MARCHA NUPCIAL.	Eric Ven Stroheim
CARAS OLVIDADAS.	Clive Brook
CZAREVICH.	Ivan Petrovich
VENGANZA.	Dolores del Rio
VENUS.	Constance Talmadge
EL RESCATE.	Ronald Colman
ADORACIÓN.	Billie Dove
LAS CUATRO PLUMAS.	Richard Arlen
REDENCIÓN.	Corine Griffith
EL DRAMA DE MONT CERVIN.	Marcela Albani
LA MUJER DE MOSCOU.	Pola Negri
NO MENTIRAS.	Lili Damita

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona
Remitir el importe en sellos de correo, añadiendo cinco
céntimos para el certificado.

